

Una elegía de Axayácatl

El tlacatecuhtli Axayácatl rigió el estado tenochca de II-Pedernal a II-Casa, o sea en fechas cristianas, del 1468 al 1481. No solamente diestro en la guerra, lo fue igualmente en la poesía. En el Ms de la Biblioteca Nacional tenemos muestras de ello. Doy aquí el texto en versión de un poema que se le atribuye en celebración de Itzcóatl, muerto en 1440, XIII-Tecpatl, tras un glorioso reinado.

Hallamos este poema en la foja 29 v del Manuscrito citado. En el poema celebra y canta a su antecesor, pero tiene oca-

sión de explayarse en consideraciones de mística guerrera, que dejo ahora y hallará el lector amplias en comentario en el Tomo III de la poesía Náhuatl, que se va dando en la serie de las publicaciones de esta Universidad.

El poema que presento debió ser compuesto entre 1468 y 1481, pero fue adaptado al baile de conmemoración, modo de la perpetuación de la memoria de los héroes. Aquí, más que en parte alguna, se requiere la interpretación. Doy la mía, con todos los atenuantes de su probabilidad.

TEXTO EN VERSIÓN

I

Nació aquí la guerra florida: a la tierra llega aquí.
La forjan allá en Tlapala los que con nosotros habitan.
El llanto se va elevando, pero allá donde se hace la colocación de unos
entre otros, en el interior del cielo, hay un lloroso canto.
Con este canto van todos a la región del Misterio.

II

Tú festejado eres, divinos hechos hiciste.
Pero quedaste muerto donde el camino se tuerce.
Hechos desoladores hiciste.
No sin razón dijo un hombre:
El que persiste llega a cansarse:
ya a nadie sostiene en vida el que da la vida.
Día de llanto, día de lágrimas:
triste está tu corazón.

III

¿Por vez segunda vendrán los reyes?
Por eso al recordar a Itzcóatl la tristeza invade mi corazón
¡Se cansó de tenerlo en vida el Dueño de la Casa (del Sol):
¡El que produce la vida a nadie hace duradero en la tierra!
¿A dónde tenemos que ir?
¡La tristeza invade mi corazón!

IV

Por eso sigue el desfile, es la marcha general.
¿Quién de los nobles, de los reyes, de los príncipes,
habrán de dejarnos huérfanos?
Entristeceos, oh príncipes.
¿Acaso regresa alguno del Lugar de Sortilegios?
¿Acaso viene alguno del Sitio sin regreso?
¿Van a venir a darnos noticias desde el lugar de los
que han dejado el cuerpo?
¿Motecuhzoma, Netzahualcóyotl, Totoquihuatzin?
¿Nos dejarán en la orfandad?
Entristeceos, oh príncipes.

V

Errante andaba mi corazón:
yo Axayácatl los buscaba:
¡ya nos dejó Tezozómoc:
solitario digo mi tristeza!
Sus vasallos, las ciudades que vinieron a regir
quedaron en la orfandad:
¡oh acaso nunca habrá calma?
¿nunca ha de cesar este dolor?
¿Quién me pudiera enseñar?
¡Solitario digo mi tristeza!

Tal es el poema que pide alguna aclaración. Doy su división en cinco breves tiempos. Una introducción, elogio directo de Itzcóatl, pensamiento de la vida efímera y la fatal terminación, imposibilidad de saber los misterios que quedan más allá de la muerte, evocación final de los muertos y el mismo pensamiento de la incertidumbre del futuro tras el fin. Hallamos en este poema, como en otros mil, el doble sentimiento que dominaba la mente de aquellos hombres: la total potencia del autor de la vida, que tiene a los hombres como sus juguetes, y la amarga desolación de ver que la vida se va y es única.

Esta mirada de filosofía es digna de ahondarse y está abundantemente documentada en los textos. Poéticamente, dentro de la monotonía de esta poesía, que es garantía de su autenticidad, tenemos bellezas que el lector podrá examinar y juzgar. Claro que para una comprensión total del tema se requieren muchas notas aquí no oportunas. Daré cuanto pueda en la publicación próxima de toda esta parte de la colección.